

# LA FRAGUA

en la vida cotidiana

PATRIS MEI

**“EL AMOR** DE DIOS  
SE HA HECHO **CARNE”**

2  
NAVIDAD

# Patris Mei

## OBJETIVO GENERAL

### EL CARÁCTER DE LA ETAPA

La experiencia del fuego, en la simbología de la Fragua, alude a la experiencia del amor de Dios, mediada maternalmente por el Corazón de María, y también a la acción del Espíritu que derrama en nosotros el don de la caridad.

El fuego calienta, purifica, ablanda, ilumina. El Fundador se sirve a menudo de este símbolo para hablar del amor y del celo del misionero. Los “hombres de Dios” tienen el rostro resplandeciente por el fuego, como Moisés.

Este núcleo expresa la relación de Claret con Dios Padre. Condensa la experiencia del amor de Dios que calienta el hierro frío y lo dispone para recibir la forma. Se trata de estar “en las cosas que miran al servicio de mi Padre” (Lc 2,49).

- 1** La búsqueda de Dios  
(*Adviento*)
- 2** La encarnación de Dios  
(*Navidad*)
- 3** El Dios del Reino  
(*Tiempo Ordinario I*)
- 4** La paternidad de Dios y nuestra filiación  
(*Cuaresma*)
- 5** El Dios de la vida  
(*Pascua*)
- 6** La palabra de Dios como fuente de vida  
(*Tiempo Ordinario II*)
- 7** La fe como respuesta al amor de Dios  
(*Tiempo Ordinario III*)
- 8** La oración como encuentro con Dios  
(*Tiempo Ordinario IV*)
- 9** La experiencia claretiana de Dios  
(*Tiempo Ordinario V*)

Ayudar a las personas, comunidades y Organismos tomar conciencia del momento que vivimos, reavivar la experiencia del Fuego y crecer en ardor misionero siguiendo la metodología de la Fragua.

### OBJETIVOS DE LA ETAPA PATRIS MEI

- Pasar de actitudes superficiales a actitudes profundas.
- Crecer en la experiencia del amor de Dios como fundamento de nuestra vida misionera.
- Trabajar la cuestión de las imágenes de Dios que sustentan nuestras conductas y la experiencia del Dios de Jesús como experiencia radical de gracia.
- Desarrollar, teórica y prácticamente, la experiencia de la oración.
- Profundizar en la dimensión claretiana de la experiencia de Dios como Padre.

**QUID PRODEST - 2011**

**PATRIS MEI - 2012**

**CARITAS CHRISTI - 2013**

**SPIRITUS DOMINI - 2014**

## 1. Introducción

### Las esperanzas se cumplen

El tiempo de Navidad te sitúa directamente en la cima. A la Pascua se accede tras una trabajosa preparación: todo el duro camino de la Cuaresma y la Semana Santa. El tiempo de Navidad irrumpe litúrgicamente casi de repente, y te enfrenta directamente al misterio. Aunque en el tiempo de Adviento has ido calentando el espíritu, subrayando las esperanzas que anidan en el fondo de tu corazón y las promesas que Dios ha ido haciendo a lo largo de la historia. El cumplimiento de esas esperanzas es la experiencia de un regalo inesperado, la explosión de una sorpresa.



A close-up photograph of a baby's hands, with fingers slightly curled, resting on a soft, textured surface. The lighting is warm and soft, highlighting the skin's texture and the delicate structure of the fingers.

La sorpresa depende también de que las promesas, aunque se cumplen, no suelen hacerlo como nosotros imaginábamos. El cumplimiento de la promesa, largamente esperada, rompe nuestros esquemas, nuestras ideas preconcebidas, sea porque nos parece que el cumplimiento está por debajo de nuestras expectativas (y nos produce una cierta desilusión); sea porque, al contrario, ese cumplimiento las supera infinitamente. En el caso de la Navidad, puede ser que haya un poco de las dos cosas:

- **Un niño nos ha nacido.** ¿Qué hay en ello de extraordinario? ¿En esto consiste el cumplimiento de las promesas davídicas, esperadas durante siglos? ¿Esto es todo?

- Pero esta cercanía humana y ordinaria hace que Dios se haga presente con una inmediatez que nunca hubiéramos podido sospechar, con una familiaridad que va más allá de toda posible imaginación. Celebramos este año la Navidad desde la perspectiva del *Patris Mei*, la paternidad de Dios, como experiencia fontal de toda la vida (nacimiento, crecimiento, ministerio, muerte y resurrección) de Jesús y, en consecuencia, de nuestra experiencia de discípulos y seguidores suyos. El Hijo consustancial del Padre nace en la carne, se hace Jesús de Nazaret, hijo del hombre, para que nosotros podamos ser hijos de Dios. La experiencia de la filiación es el eje de la identidad de Jesús y de la experiencia cristiana, y también ha de serlo de nuestra experiencia e identidad vocacional.

Aunque durante el tiempo de Navidad solemos disponer de poco tiempo libre a causa del trabajo pastoral, las fiestas litúrgicas, las diversas celebraciones, visitas familiares y también el necesario descanso, puedes hacer que esas mismas actividades sean provechosas en tu camino personal. Recuerda que durante la Navidad del año pasado, el *Quid Prodest* te hacía caer en la cuenta de que todas esas cosas no son una distracción, sino una oportunidad para caer en la cuenta de lo fundamental.

Entra, pues, en este tiempo de Navidad, tiempo de alegría y contemplación, con la apertura necesaria para ver cómo esta irrupción de Dios en nuestra historia, en nuestra condición carnal, te abre la puerta para una forma de relación inédita y nueva con Dios, con los demás seres humanos, con el entorno natural y social y contigo mismo. Probada la vaciedad de las falsas promesas de salvación que nos enseñó la experiencia del *Quid Prodest*, y habiendo descubierto el valor que Dios ha puesto en cada uno de nosotros, avanza ahora hacia la elección positiva que te lleva a consagrarte a las cosas del Padre, tal como nos enseña Jesús, nacido en Belén.

## 2. Reflexión

### La carne del Verbo

Juan anuncia el nacimiento de Cristo con una expresión inusualmente fuerte: “El Verbo se hizo carne” (*Jn 1, 14*). Para Juan, la obra del Anticristo consiste en negar que Jesús es el Cristo que ha venido en la carne (cf. *1 Jn 4, 2-3*). Hacerse carne es hacerse pequeño, limitado, débil. La fe de Israel esperaba la aparición del gran rey, del Dios fuerte y poderoso. Tal vez, para algunos, tal vez también para ti, hubiera sido más fácil aceptar como Mesías y enviado de Dios a un ángel, a un ser sobrehumano, libre de las ataduras de la carne. Pero la aparición definitiva de Dios sigue otros derroteros: como dice la Carta a los Filipenses: “Se despojó de su rango, tomó la condición de esclavo” (*Flp 2, 7*). **(Cf. anexo 1: *Ven sin nada*).**

Así pues, Dios se hace accesible y, al mismo tiempo, vulnerable, hasta unos límites que te descolocan, te sorprenden y te invitan a renovar y rehacer tu imagen de Dios, tu fe en Él, tu forma de relación con Él. El Dios de Israel, al que nadie ha visto jamás (cf. *Jn 1, 18*), que habita en una luz inaccesible (cf. *1 Tim 6, 16*), que prohibía a su pueblo representarlo en imágenes (cf. *Ex 20, 4*), para impedir celosamente cualquier tipo de manipulación de su misterio invisible, te dice ahora que no hay más imágenes tuyas que la de esta presencia encarnada, débil, limitada y vulnerable, pero, por eso mismo, real, cercana, a la mano.

Esta nueva imagen (visible) del Dios invisible (cf. *Col 1, 15*) te habla de su presencia en la vida cotidiana, en la limitación, en “la carne”. Hay quien



exige la perfección como condición del bien absoluto en este mundo (es el caso de ciertas utopías seculares) o en el otro (en el caso de moralismos religiosos). No ha sido esa la elección que Dios ha hecho en relación con el mundo: ha elegido venir a nosotros en condiciones “no ideales”, no ha esperado a que el mundo fuera bueno y estuviera bien preparado, ni ha puesto condiciones previas (como la destrucción del mal). La encarnación te habla de un amor incondicional y ya presente, activo en nuestra atormentada historia, en nuestro mundo imperfecto. No se trata de una mera apariencia, ni tiene un sentido solo ejemplar: es un verdadero “hacerse” hombre para habitar entre nosotros. La encarnación del Verbo de Dios desafía tu capacidad de creer. No se reduce a un artículo de fe que has de aceptar solo mentalmente, sino que te invita a una apertura confiada a la presencia encarnada, limitada y vulnerable de Dios: ¿eres realmente capaz de descubrir la luz de la Palabra de Dios en la opacidad de la carne? (Cf. **anexo 4: La revista pornográfica**).

### Hijo de Dios e hijo del hombre

Vivimos en un mundo que venera la igualdad. En realidad, esta justa exigencia tiene raíces cristianas: es la verdad bíblica de que todos gozamos de una misma dignidad en cuanto imágenes de Dios; es una igualdad que, por cierto, no lesiona el “derecho

a la diferencia”. Pero la igualdad no lo es todo en el universo de las relaciones humanas. Existe una forma especial de desigualdad que no atenta contra la dignidad humana, sino que la fundamenta. Antes de ser individuos autónomos e iguales hemos sido niños, hijos dependientes de nuestros padres, que han sido (o han tenido que ser) para nosotros “providencia” benefactora. El niño percibe inmediata e intuitivamente la superioridad de los padres sobre él y su propia dependencia respecto de ellos, lo que produce una relación de veneración hacia ellos y la obligación de obediencia. Esta experiencia (“*pietas erga parentes*”) es la raíz de toda relación religiosa. La piedad filial se desarrolla a partir de ese núcleo como culto a los antepasados, del que surgen diversas formas de religión natural, y que se va ampliando hasta abarcar a la humanidad entera, como sujeto de una Providencia por parte del Dios Padre de todos. Esta relación básica hace posible después la igualdad sobre la base de la autonomía personal, y es una de las bases fundamentales de la autoestima, la seguridad en sí mismo y la confianza en los demás y, en consecuencia, de la capacidad de autodonación. Si esa relación básica falla o se hace de manera deficiente, se dificulta muchísimo la madurez afectiva, pero también la comprensión vital del rostro paterno-materno de Dios. Para ser sí mismo en sentido pleno hay que haber sido también hijo hasta el fondo.

En su abajamiento, en su encarnación, Jesús,



el Hijo del Eterno Padre, se ha hecho también hijo del hombre. Jesús nace en la carne para “reeditar” su elección de Dios Padre, su pertenencia consustancial a Él (el vínculo de amor que es el Espíritu Santo). Pero rehace la elección como hombre, con toda la dificultad que ello supone a causa del pecado. Jesús carga con el pecado del mundo (cf. *Jn* 1, 29; *Is* 53, 4-5; *Mt* 8, 17), haciendo así posible que todo hombre, en Él, haga suya esa elección. Si el pecado que nos aparta de Dios consiste en esconderse de Él (cf. *Gn* 3, 8), Cristo es el que sale al espacio abierto (cf. *Sal* 18, 20), el espacio del encuentro con Dios, el espacio de la salvación (**Cf. anexo 2: Hijo de Dios e hijo del hombre**).

La paternidad de Dios tiene aquí un sentido absolutamente nuevo y radical. No es una metáfora religiosa, según la cual Dios es el “Principio supremo” de todo, el primer Motor, el Uno del que todo procede. La verdad parcial de estas afirmaciones es radicalmente insuficiente para expresar la paternidad de Dios en la perspectiva cristiana. Ésta es:

- *Cristológica*: Dios es, ante todo, el Padre de Jesucristo. No se trata de una mera imagen, sino de una revelación: Jesús nos revela quién es él revelándonos quién es para él Dios: su Padre, que también puede ser nuestro Padre si lo aceptamos a él como Mesías.
- *Trinitaria*: El monoteísmo de Israel adquiere tonos nuevos e inesperados. Dios no es un monarca que habita en la soledad de su divinidad, sino que

es y tiene una vida interior hecha de relaciones, de diálogo, de una unidad perfecta que admite y afirma la diferencia. Se trata de un Dios comunidad, familia, abierto, comunicativo, cuya sustancia es el amor.

- *Soteriológica*: La revelación del rostro paterno de Dios, que Jesús hace como Hijo suyo, no quiere solo informarnos de una determinada dogmática religiosa, sino que tiene como fin incluirnos en las relaciones familiares de la vida divina. Precisamente la encarnación del Hijo de Dios como hijo del hombre nos permite participar como seres humanos en la filiación divina de Jesús. En esta inclusión consiste propiamente la salvación del hombre.

No todo ser humano llega a ser padre o madre, pero todos hemos sido hijos. Muchos elementos de tu personalidad y de tu experiencia religiosa dependen de tu ser hijo, de la relación con tus padres: con tu padre, con tu madre, con los dos, unidos en una sola carne. Ellos han jugado un papel decisivo en tu experiencia vital. Este papel ha podido ser positivo, pero, en algunos casos o en algunos aspectos, quizá también negativo: relaciones frías o excesivamente proteccionistas y posesivas, muy rígidas o demasiado permisivas... A veces se dan circunstancias negativas que han podido crear problemas (en el caso de una separación, o de la muerte temprana de uno de ellos).

A la luz de la experiencia filial de Jesús puedes releer tu relación con tu padre, con tu madre y con

los dos al tiempo, y cómo esta ha influido en tu experiencia religiosa y en tu imagen de Dios:

- *Dios – ley moral*, exigente, que manda y prohíbe, donde domina el temor o el sentimiento de culpa;
- *Dios – refugio o nido*, que te protege, pero también te impide afrontar con madurez y autonomía tu responsabilidad;
- *Dios Abbá (Padre)* que te acepta incondicionalmente y genera en ti confianza y, por eso mismo, te llama a entregarte sin reservas como expresión de amor y gratitud.

Independientemente de sus aciertos y sus errores, de que domine lo positivo (gratitud, confianza, cariño sincero y amistad) o lo negativo (resentimiento, reproches, distancia y frialdad), es importante en sentido humano y religioso que se desarrolle en ti el sentimiento incondicional de gratitud hacia tus padres y que, si es posible aún, se lo expreses. La inevitable dependencia infantil respecto de ellos madura en la elección consciente de los mismos, en el agradecimiento, el perdón (si ello es necesario), y el cuidado por ellos. Difícilmente podrás transmitir la experiencia de la paternidad de Dios (que es el corazón de la fe en Jesucristo) si no sabes o no has sabido ser hijo agradecido con tus padres. Más adelante, en el cuaderno 3, se te ofrecerán otras herramientas complementarias para seguir explorando y purificando tu imagen de Dios (**Cf. anexo 3: Con Él ningún Dios extranjero**).

## Ejercicio 1: Tu experiencia filial

*Aunque actualmente se mantiene abierto un fuerte debate teológico en torno a las raíces antropológicas (culturales, sociales, raciales, sexuales, etc.) que influyen en la comprensión de Dios, en este momento te invitamos a centrarte en tu historia familiar en cuanto afecta a tu experiencia del Abbá.*

1. Escribe en dos columnas lo positivo y lo negativo en la relación con tu padre, con tu madre y con los dos al tiempo.
2. Debajo de las columnas, como resultado, describe tu imagen dominante de Dios.
3. Por fin, escribe una carta a tus padres (juntos o por separado, como te parezca más conveniente) en la que expreses tus sentimientos, positivos o negativos, y, en definitiva, tu gratitud hacia ellos.

### La “Mater” en la experiencia del *Patris Mei*

Para hacerse hombre e hijo del hombre el Hijo unigénito del eterno Padre ha necesitado de una mediación humana, de una madre. Lo expresa con concisión y fuerza Pablo: “Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer” (*Gal 4,4*). María está unida a todo el misterio de Cristo, pero especialmente en estos días de Navidad no podemos contemplar a Jesús, al niño Jesús, sino en brazos de su madre.

María nos ayuda a entender, por un lado, cuál es la actitud de Dios hacia los seres humanos tras el pecado o, dicho con otras palabras, mirando a María podemos comprender cómo nos mira Dios. Pero también nos enseña cómo puede y debe situarse el hombre ante esa mirada de Dios. Descubrimos una íntima conexión entre la realidad de María como

persona singular y la lógica salvífica de Dios, que se manifiesta en el mismo acto de la creación.

Dios creó el mundo “de la nada”, de modo que en este mundo no había ni la más mínima sombra de mal: el mundo salió de las manos de Dios, no solo “bueno”, sino “muy bueno” (cf. *Gn 1,31*), magnífico, estupendo; puede decirse que el mundo salió de sus manos “lleno de gracia”.

Por otro lado, el pecado, pese a su radicalidad, no destruye del todo eso “muy bueno” y, por eso, no excluye la dignidad del hombre como imagen de Dios, si bien la deforma y oscurece. ¿Cómo reacciona Dios ante el pecado del hombre? O, dicho de otra forma, ¿cómo nos mira Dios? Dios no actúa en la historia sin la colaboración humana. La historia de la salvación es la historia de un diálogo. Dios continúa volviendo a la tierra a “la hora de la brisa” (cf. *Gn 3,8*) y busca al hombre que, a causa del pecado, se esconde del rostro de Dios y con gran difi-

cultad consigue mirar al rostro de sus semejantes.

Una consecuencia del pecado consiste precisamente en que tenemos los ojos muy abiertos para el mal; sobre todo, para el mal de los otros: “¿Cómo es que miras la brizna en el ojo de tu hermano y no reparas en la viga que hay en tu ojo?” (*Mt 7,3*). Por eso, con frecuencia, prestamos gran atención al pecado ajeno, a lo negativo en los otros, a lo que nos molesta; más, ciertamente, que al bien que sin duda también hay en ellos.

Dios, que ve con toda claridad el pecado y el mal, nos mira, sin embargo, de otro modo, es capaz de ver eso “muy bueno” que Él creó: el corazón no manchado por el pecado, su propia imagen presente en la creación por medio del hombre. Dios mira así y busca con su mirada aquella realidad capaz de conversar con Él “a la hora de la brisa”, de respetar el árbol del conocimiento del bien y del mal. Es decir, Dios busca en el hombre lo que de amable hay en él: “En ese pondré mis ojos, en el humilde y en el abatido que se estremece ante mi palabra” (*Is 66,2*). Así nos mira Dios, buscando lo bueno, lo sano que hay en el mundo, su propia obra. Dios busca, mira, y encuentra... a María: “Ha mirado la humildad de su sierva” (*Lc 1,48*).

María es lo mejor de la humanidad, la obra “muy buena” de Dios, tal como salió de sus manos en el momento mismo de la creación: es la llena de gracia. Si en la historia de la humanidad ha habido un ser humano, una mujer, como María, significa que nuestro mundo no es solo, ni sobre todo, una porquería (como decimos a veces, incluso con palabras más gruesas), algo despreciable y definitivamente corrompido; significa que en el mundo no todo está perdido y sin esperanza.

En esta luz, el dogma de la Inmaculada Concepción no lo podemos entender solo como una especial y exclusiva gracia para María, sino que ilumina la comprensión de las relaciones de Dios con toda la humanidad. En María, Dios encontró un apoyo para acercarse y encontrarse con nosotros; el aliento creador del poder de Dios, que se cernía sobre las aguas (*Gn 1,2*), al descubrir a María, realiza la nueva creación, dando lugar a una nueva fecundidad: “María concibió por obra del Espíritu Santo” (*Mt 1, 18*). Si María fue inmaculada desde la concepción, nosotros hemos sido elegidos por

Dios en Cristo antes de la creación del mundo para ser santos e inmaculados ante él por el amor (*cf. Ef 1,4*).

Pero, para poner su tienda entre nosotros, Dios requiere la cooperación humana. La nueva creación no es una “invasión” por parte de Dios del territorio del hombre, no es una imposición, que fuerza el sometimiento. Puede decirse que Dios entra en el mundo del hombre pidiendo permiso. En María, la humanidad responde “sí” a esta petición. El sí de María es el sí de esa humanidad, imagen de Dios, capaz de responder a su llamada y acogerlo en su casa.

En la Anunciación, María representa a la humanidad entera, a lo mejor de ella. En la muchacha de Nazaret Dios encontró, por fin, con quien conversar “a la hora de la brisa” (*cf. Lc 1,26-38*). María, sierva del Señor, escucha y acoge la Palabra y la cumple, a diferencia de Eva, que pretendió ser igual a Dios. Y así, llegada la hora, María “dio a luz a su primogénito” (*Lc 2, 7*).

Con María puedes revisar tu mirada, tu modo de observar el mundo, la sociedad, la Iglesia, tu comunidad, a tus hermanos. ¿Tienes ojos sobre todo para el mal? ¿Tus palabras suelen ser más de maldición o de bendición, de queja amarga o de alabanza agradecida? ¿Reflejan una mirada sombría, pronta a subrayar el mal, y ciega para el bien? Tu mirada en relación con el mundo, es la misma que se dirige hacia tu entorno más inmediato, como la sociedad en que vives; y es posible que tampoco la Iglesia se libre de críticas; no digamos ya tu comunidad, tus hermanos con su nombre y su rostro. Pero, aunque no debes cerrar los ojos ante el mal, estás invitado a aprender a mirar con los ojos de Dios, que descubren en el mundo a María, la llena de gracia.



## Ejercicio 2: Busca a María

La piedad popular se dirige a María por medio un número casi infinito de advocaciones. Aunque los teólogos más exigentes tuerzan un poco el gesto, late ahí una profunda intuición genuinamente evangélica: María no es un personaje celeste, inaccesible, lejano, sino que vive aquí, es de tu pueblo, habla en tu dialecto.

Guiado por esta intuición, trata de descubrir a María (lo que hay de bueno, hermoso e inmaculado) en tu pueblo, en tu entorno: en tus hermanos, en tu comunidad, en la Iglesia, en tu país (que es el país en el que realizas tu misión), en el mundo en el que vives. Solo con esa mirada, crítica pero esperanzada y positiva, podrás encarnar el Evangelio allí donde la misión te ha enviado a anunciar la Buena Noticia.

1. Escribe cuáles son las dimensiones marianas (inmaculadas, vírgenes, “muy buenas”) de esos entornos: hermanos, comunidad, Iglesia local, país, mundo...
2. ¿Qué te aporta la religiosidad popular a tu experiencia religiosa? ¿Qué encuentras de valioso en ella? ¿Puedes distinguir, en su ambigüedad, lo fundamental de lo anecdótico y superficial?

### El niño crecía y se fortalecía

La Navidad es solo un punto de partida, porque nacer es iniciar un proceso de crecimiento. Si ese proceso se inicia, como hemos dicho, en situación de dependencia, pronto exige desarrollarse con autonomía. Los niños van definiendo su personalidad, los jóvenes empiezan a dar sus propios pasos, a buscar su propio camino, a hacer sus propias preguntas y a ensayar sus propias respuestas, a definir su universo de valores, su vocación.

La **contemplación navideña del Niño** es la contemplación del misterio de la vida, y del misterio de la Palabra (fuente de la vida) hecha carne (mortal). Pero es también la contemplación de un proyecto de vida, de una vida que es proyecto, que no solo “es” (*sum*), sino que “es-para” (*adsum*). Si en la experiencia del *Quid Prodest* nos hemos librado de las falsas seguridades, de complejos, de proyectos que no conducen a la vida, sino que nos pierden, ese paso tiene que tener un complemento positivo: tener un proyecto de vida significa recibir el don de la vida y hacerlo crecer; y esto significa consagrar la vida a algo que nos trasciende. En el caso de Jesús, esa fidelidad es la consagración al Padre y a las cosas del Padre.

La **fiesta de la Sagrada Familia** nos ayuda a meditar en esta dimensión. José y María son los mediadores de ese crecimiento. Los padres engendran, pero también y, sobre todo, ayudan a crecer. Aquí existe un cierto matiz psicológico, que distinga el papel que juegan el padre y la madre: ésta es, sobre todo, el principio generador, la tierra que acoge y favorece la confianza; el padre es el princi-

pio de crecimiento, el ideal que exige y llama. En el caso de José, su papel tiene importancia capital en este segundo aspecto: representa el rostro humano de la paternidad, que Jesús experimenta como mediación de su experiencia filial respecto de su Padre, Dios.

En los primeros días de la vida del niño, en situación de total dependencia, María y José realizan un gesto legal y ritual que tiene además un sentido profético: la presentación-consagración de Jesús en el templo, tal como leemos en el Evangelio de la fiesta de la Sagrada Familia en este ciclo B (cf. *Lc 2, 22-40*). Nuestro itinerario carismático, centrado en la dimensión del *Patris Mei*, nos invita este año a seguir leyendo el texto de Lucas (cf. *Lc 2, 41-51*), cuando Jesús, ya adolescente, da un primer paso hacia su autonomía, hacia una consagración libre y conscientemente elegida. En el cuaderno 9, al final de esta etapa, tendrás la oportunidad de meditar en profundidad sobre este pasaje que da nombre a la etapa *Patris Mei*.

Esa reivindicación la vemos, en primer lugar, en un aparente o real acto de rebeldía: Jesús “se pierde”, porque ya puede caminar por sí mismo y ensayar sus propias decisiones. Estas le llevan a perderse en el templo. Es muy significativo cómo experimenta Jesús el templo en esta juventud temprana: no es un refugio, un lugar de seguridades para escapar de los problemas y los interrogantes de la vida. Al contrario, Jesús pregunta, plantea dudas, busca respuestas, escucha y acoge, pero, por lo que dice el evangelista, también avanza respuestas propias. En ello, Jesús muestra que experimenta la vida como una realidad abierta, en la que no caben

soluciones prefabricadas y listas para el consumo. Y también vemos aquí que ya comienza a perfilar su vocación: la dedicación a las cosas del Padre, que no son otra cosa que la salvación del hombre. Así pues, el templo, en el que fue consagrado de niño, y que purificará en su momento, se convierte en lugar del primer paso de Jesús hacia la autonomía y su misión en la vida.

Descubrimos en Jesús, además, un rasgo de extraordinaria importancia para alcanzar la verdadera madurez: la autonomía no significa ruptura e independencia. Tras la escapada adolescente, Jesús “regresó con sus padres y vivía sometido a ellos” (v. 51). Podemos entender fácilmente que este sometimiento tiene ahora un carácter nuevo: no es algo forzado por la total indefensión del recién nacido, sino fruto de una decisión libre. Como libremente se someterá a la voluntad de su Padre celestial, así ahora se somete con libertad a sus padres de la tierra para seguir creciendo. Y es que, en verdad, el hombre no crece ni madura cuando se afirma como centro del mundo y proclama una independencia tan absoluta como imposible, sino cuando, tomando las riendas de su propia vida, se consagra (se somete libremente y no de manera servil) a algo que descubre como más grande que él, pero que lo libera y engrandece. Como decía E. Mounier, “una persona sólo alcanza su plena madurez en el momento en que ha elegido fidelidades que valen más que la vida”.

Nuestra fe es fruto de la gracia, pero también la respuesta libre a una llamada. Volveremos sobre este tema central en el cuaderno 7. La llamada de Dios y nuestra respuesta libre nos han situado en la Iglesia. Tal vez sea el momento de plantearte, a la luz del joven Jesús “perdido y hallado” en el templo, tu manera de estar en la Iglesia y en la Congregación. Puedes buscar en ella ante todo seguridad, un conjunto de respuestas a todos los problemas vitales que te ahorran el esfuerzo de preguntar, buscar, cuestionarte. Si es así, puede ser que estés cerrándote a una verdad existencial que te interpela y te pone en cuestión: te sometes, sí, pero sin libertad, de manera servil, reduciendo la Iglesia a “tu partido”, al que le entregas una obediencia ciega. O, al contrario, estás en la Iglesia, pero tu actitud es de crítica sistemática y amarga, de sospecha, de rechazo visceral a toda forma de autoridad. En tal caso, tal vez estés “marcando el territorio” de tu libertad, pero te falte la básica confianza que te ha de llevar a la verdadera obediencia evangélica: afirmas tu libertad como pura independencia, rebeldía, individualismo (frecuentemente unido a sometimientos a ídolos más o menos enmascarados). Para crecer, has de ser libre, asumir de manera personalizada la fe, que es también riesgo, búsqueda, camino. Pero la libertad madura en la apertura confiada que te lleva a la obediencia a la mediación humana (de carne) presente en la Iglesia, en la Congregación, en tu comunidad.



## Ejercicio 3: Tu modo de estar en el templo

1. ¿Cómo estás en la Iglesia? ¿Cómo la sientes? La Iglesia es el ámbito casi inevitable de tu vida cristiana, religiosa claretiana y, según los casos, sacerdotal. Pero este “estar” puede ser de muy diversa calidad. Aquí se dan unas pistas para que reflexiones personalmente sobre ello:

- La iglesia como huida y refugio contra la intemperie del mundo.
- La iglesia como ámbito de seguridades ideológicas, que me ahorran hacerme interrogantes de fondo.
- La iglesia como lugar de realización de ambiciones personales.
- La iglesia como mero instrumento de transformación social.
- La iglesia percibida sólo como “institución”, rígida y autoritaria, que suscita sobre todo desconfianza y crítica.

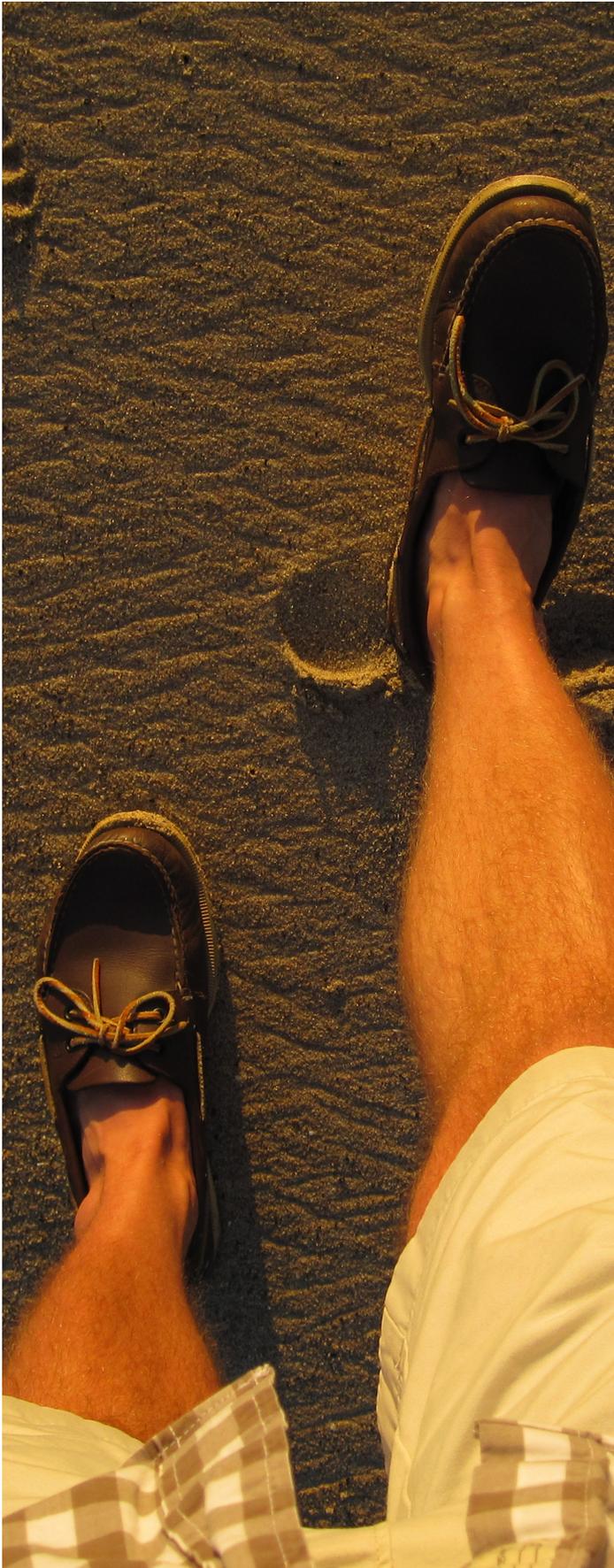
2. Frente a todos estos modos insuficientes de sentir a la iglesia, puedes mirarla con fe (la Iglesia es el lugar de la experiencia del Dios revelado por Jesucristo), que te hace comprenderla (sintiendo con ella y consintiéndola) como lugar de la consagración al Padre (cuerpo herido de Cristo entregado en la Cruz), congregación de los llamados por el Maestro, comunidad de amor que vive de la presencia viva de Jesús en ella, presencia que trata de comunicar a todos y llevar hasta los confines del mundo.

3. Pero ahora tienes que preguntarte no en teoría, sino vitalmente, cuál es la imagen de la Iglesia que domina en ti y qué puedes hacer por mejorarla. Puedes ayudarte con la lectura del anexo 4: Iglesia, cuánto te quiero.

### “He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 7).

La tradición asocia la fiesta de Navidad a ese sentimiento de alegría ligado de modo natural al comienzo de una nueva vida (cf. *Jn* 16, 21). Pero la liturgia nos recuerda de manera muy expresiva el verdadero sentido de este nacimiento. **La fiesta de San Esteban**, el día 26, y **la fiesta de los Santos Inocentes**, el día 28, dan inmediatamente el contrapunto de realismo frente al exceso de poesía: “Si alguno pregunta por el misterio se sentirá llevado a afirmar, más bien, que no fue su muerte una consecuencia de su nacimiento, sino que él nació para poder morir” (S. Gregorio Nacianceno). Jesús ha nacido, el Verbo de Dios ha asumido nuestra carne, el Reino de Dios se ha puesto a nuestro alcance. Pero esta luz brilla en las tinieblas (cf. *Is* 9, 1; *Mt* 4, 16), el mundo en el que Jesús ha nacido es, en gran parte, hostil a su venida: “Vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron” (*Jn* 1, 11). Sombras y amenazas de muerte se alzan contra el recién nacido: “Lo buscan para matarlo” (cf. *Mt* 2, 13).

El mundo en el que nace Jesús está gravado por motivos de muerte que desatan su furia contra el recién nacido, contra sus seguidores, contra todas las víctimas inocentes, discípulos anónimos del Buen Pastor, del manso cordero. Las lecturas de estos días expresan con claridad el contraste de dos



historias que corren paralelas: la de la vida nueva, inaugurada por el nacimiento de Cristo en la carne, en la que el Apóstol Juan nos va introduciendo por medio de su Primera Carta y que se sustancia en el mandamiento del amor; la del viejo mundo que persevera en la violencia, la mentira, el odio y la cultura (el cultivo) de la muerte.

Jesús es el punto de intersección en el que se cruzan esas dos historias: es el cordero de Dios que toma sobre sí el pecado del mundo. La entrega completa de su propia vida es la consecuencia natural de su consagración a las cosas del Padre.

La lógica de la cruz, por la que “Cristo tenía que padecer y resucitar de entre los muertos” (*Hch* 17,3; cf. *Lc* 24, 26) está presente desde el mismo momento del nacimiento de Jesús. En cierto modo, Jesús encarna en sí la figura del hijo pródigo (cf. *Lc* 15, 11-31; cf. **anexo 5**): marchó a un país lejano, a un mundo que, creado como paraíso, se ha convertido en territorio hostil, y en el que lo pierde todo para enseñarnos el camino que lleva de vuelta a la casa del Padre.

Jesús, consagrado por entero a las cosas del Padre, realiza esa consagración en la entrega completa de su propia vida. En efecto, es en Jesús en quien adquiere todo su significado el sacrificio de Isaac,

## Ejercicio 4: ¿Consagración o profesión? ¿Entrega de la vida o solo “trabajo”?

Para calibrar esta disposición, dedica un tiempo a releer las narraciones de la infancia de Jesús en la versión de san Mateo. Fíjate especialmente en la figura de José, el esposo de María. Contempla en concreto estos tres rasgos que resaltan en él. Deja que te interpelen.

1. Su silencio. Vive en una noche oscura. No pronuncia ni una sola palabra. Su actitud es de escuchar, acoger y obedecer prontamente cuando se le pide: recibir a María (cf. Mt 1,19), poner nombre a Jesús (cf. Mt 1,20), proteger y cuidar de la nueva familia (cf. Mt 2,13-14. 19-22).

2. Su justicia. Contempla la manera de situarse ante un grave problema matrimonial. José es un hombre “justo” (cf. Mt 1,19), no como algunos fariseos. Supo vincular la Ley con la misericordia, encontrando la forma de salvar a María mediante una intervención de Dios.

3. Su amistad con Dios. En el sueño, José aparece como el amigo de Dios, a quien el ángel introduce en los misteriosos planes que El tiene para su pueblo. En el AT era frecuente esta acción de Dios a través del sueño: “Entre sueños, con visiones nocturnas abre Dios a los hombres los oídos y los instruye y corrige” (Job 4, 13 y 36,10). También puede ser útil el punto 2 del anexo 2: Hijo de Dios e hijo del hombre.

el hijo único garante de las promesas, o la muerte de los primogénitos de Egipto. Y es en la cruz de Jesús en donde entendemos del todo qué significa “dedicarse a las cosas del Padre”. Tú eres un consagrado: a Dios, a Jesucristo, al Corazón de María, al servicio de la Palabra, a la Misión de la Iglesia según el carisma de Claret. ¿Cómo entiendes, sientes y vives esta consagración?: ¿como dedicación profesional?, ¿como competencia técnica?, ¿como un tiempo que sacrificas y que te justifica para dedicarte, después, a tus asuntos? ¿O como una entrega de la propia vida? También puedes plantearte esto mismo mirando a tu modo de relacionarte con las personas con las que vives, con las que ejerces el ministerio. ¿Sientes que te molestan, te limitan, te hacen perder el tiempo, te desvían de tus verdaderos intereses? ¿O los percibes como aquellos a los que te debes, por los que estás dispuesto a sacrificar tu tiempo, tu descanso, tus planes personales?

La gran pregunta que se te plantea al descubrir la cruz de Cristo a la luz del *Patris Mei* es si estás de verdad o no dispuesto al martirio, a la entrega real de tu propia vida.

## Los Magos y la estrella

Jesús ha nacido en Belén para todos: propios y extraños, judíos y gentiles, pequeños y grandes, pastores y reyes. Dios nace y se manifiesta: nace para manifestarse, para comunicarse, para hacerse accesible a todos. Pero, ¿cómo encontrarlo? ¿Cómo dar con él? Muchas son las culturas, los pueblos, las actitudes vitales que parecen encontrarse lejos del universo religioso que encarna Jesús. No solo los pueblos gentiles eran ajenos al mundo judío (con sus ideas y valores, sus creencias y costumbres) al que Cristo pertenece; también hoy sucede lo mismo: existen no solo culturas, sino también mentalidades y modos de vida en principio completamente extraños a la fe cristiana. Y esto parece atentar contra la universalidad que atribuimos a Cristo, a la salvación que nos trae.

Existen dos actitudes contrapuestas que pueden tentarnos, pero que, cada una a su manera, traicionan esa universalidad. Una es la afirmación de que el único modo de acceder a Cristo es la fe desnuda, al margen por completo de apoyos humanos, de indicios racionales. Esta exclusividad de la fe (que técnicamente se llama fideísmo) se reviste en la práctica de distintas formas de espiri-

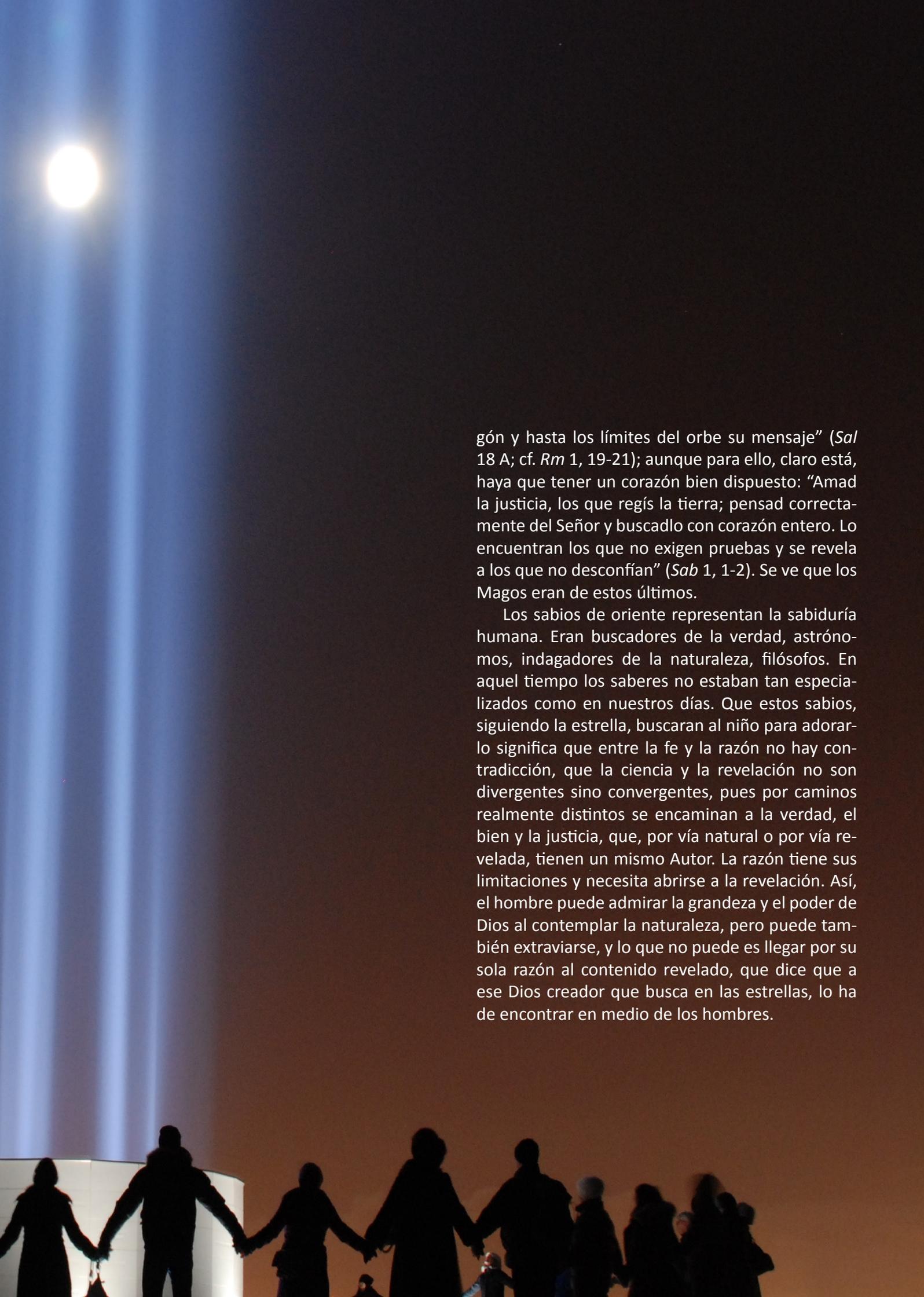
“

Existen no solo culturas, sino también mentalidades y modos de vida en principio completamente extraños a la fe cristiana.”

tualismo descarnado, de una forma peligrosamente sectaria de vivir la fe al margen de los “signos de los tiempos”, de espaldas a las tendencias, los problemas y los valores que realmente rigen en el mundo. La otra consiste en “racionalizar” la fe: en busca de enganches con el mundo en que vivimos, tratamos de “traducir” los contenidos de la fe, desnudándolos de misterio, de gratuidad (de sorpresa), bajando tanto su perfil, que cualquiera que tenga sentido común (la forma más elemental de la razón) puede estar de acuerdo con ella. Solo que aquí, a base de buscar relevancia, hemos disuelto por completo la identidad, y hemos reducido la fe en Cristo a las verdades del barquero o al principio de Perogrullo.

Los Magos de oriente pueden ayudarnos en esta encrucijada. Y es que, en verdad, la naturaleza nos habla de Dios, y la razón que la indaga puede barruntar su misterio, como hemos meditado en el Cuaderno 1: “El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de tus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pre-





gón y hasta los límites del orbe su mensaje” (*Sal* 18 A; cf. *Rm* 1, 19-21); aunque para ello, claro está, haya que tener un corazón bien dispuesto: “Amad la justicia, los que regís la tierra; pensad correctamente del Señor y buscadlo con corazón entero. Lo encuentran los que no exigen pruebas y se revela a los que no desconfían” (*Sab* 1, 1-2). Se ve que los Magos eran de estos últimos.

Los sabios de oriente representan la sabiduría humana. Eran buscadores de la verdad, astrónomos, indagadores de la naturaleza, filósofos. En aquel tiempo los saberes no estaban tan especializados como en nuestros días. Que estos sabios, siguiendo la estrella, buscaran al niño para adorarlo significa que entre la fe y la razón no hay contradicción, que la ciencia y la revelación no son divergentes sino convergentes, pues por caminos realmente distintos se encaminan a la verdad, el bien y la justicia, que, por vía natural o por vía revelada, tienen un mismo Autor. La razón tiene sus limitaciones y necesita abrirse a la revelación. Así, el hombre puede admirar la grandeza y el poder de Dios al contemplar la naturaleza, pero puede también extraviarse, y lo que no puede es llegar por su sola razón al contenido revelado, que dice que a ese Dios creador que busca en las estrellas, lo ha de encontrar en medio de los hombres.



“

El relato de los Magos nos invita al diálogo entre la revelación y la ciencia, entre Dios y la humanidad, entre la fe y la razón, para que la primera no se ensoberbezca, ni la segunda se ensimisme.”

Por eso, los Magos, siguiendo la estrella, se acercan mucho, pero no pueden llegar hasta el final. Tienen que preguntar a los representantes del pueblo sacerdotal, depositario de la revelación. Estos tuercen el gesto pero consultan el depósito que se les ha confiado y hallan la respuesta. Es un texto de Miqueas (5, 1) el que despeja el camino hasta el niño recién nacido. Pero causa admiración y perplejidad que, mientras los sabios de oriente se muestran tan abiertos (a la razón y a la fe), esos representantes estén tan cerrados a lo que sus propias escrituras les dicen. Vemos, pues, que ni la razón ni la revelación bastan por sí mismas. Hacen falta además disposiciones personales. Sin ellas, la sola razón puede llevar a la soberbia y a la negación de Dios (y de su imagen, el ser humano); y la actitud religiosa puede convertirse en fanatismo y en negación del hombre al que en nombre de una verdad mal entendida se está dispuesto a matar.

El relato de los Magos nos invita al diálogo entre la revelación y la ciencia, entre Dios y la humanidad, entre la fe y la razón, para que la primera no se ensoberbezca, ni la segunda se ensimisme. No podemos dejar de mirar a las estrellas de nuestro

tiempo, a las luces que nos orientan en la dirección del portal de Belén, también a aquellas de las que nos informan los que parecen “ajenos”, pero que están en búsqueda, tal vez con más apertura que nosotros mismos, creyentes. Pero tampoco podemos dejar de estar a la escucha de la Palabra revelada que nos dice finalmente dónde se encuentra el “rey de los judíos”, y de trasmitirla con fidelidad y convicción, y no “a nuestro pesar” como hicieron Herodes y sus sabios.

Hoy, como ayer, hay estrellas que brillan en la oscuridad y que señalan en la dirección de Cristo. Hoy como ayer, hay hombres de buena voluntad que, guiados por esas estrellas, están buscando consciente o inconscientemente al Salvador. Un elemento esencial de nuestra misión es conciliar las estrellas (la razón natural) con la Palabra (la revelación y la fe). Y esto hay que hacerlo de manera vital, personalizada, concreta. Decía el P. Claret que los dos pies del misionero son la ciencia y la virtud. Podemos entenderlo en el sentido de la relación de la fe y la razón, y del diálogo de la fe con la cultura.

## Ejercicio 5: Sigue la estrella, escucha la Palabra

*Los sabios de oriente te invitan a interrogarte sobre la calidad de tu formación permanente, sobre tu actitud de diálogo con las realidades del mundo, sobre tu capacidad de descubrir las estrellas, las luminarias que en el mundo y la cultura en la que vives indican en la dirección del Niño, y de tu capacidad de iluminarlas desde la propia experiencia de fe, desde la luz de la Palabra. Pregúntate:*

1. ¿Qué papel juega en tu vida la formación y la información humana?
2. ¿En qué medida la escucha de la Palabra, la experiencia de fe, iluminan y complementan aquella formación e información?

El punto tercero del anexo 2: Hijo de Dios e hijo del hombre, puede servir para iluminar esta reflexión.

### 3. Sugerencias para la reunión comunitaria

Durante el tiempo de Navidad es poco frecuente que la comunidad claretiana celebre una reunión formal. Pero sí es normal que todos sus miembros se reúnan en torno a la mesa para compartir la cena de Nochebuena o de Nochevieja, el almuerzo de Navidad o de Epifanía. Ofrecemos dos sugerencias que pueden ayudar a dar tono a ese momento:

1. Se invita a los miembros de la comunidad a que previamente puedan **escribir unas letras en una tarjeta a cada uno de sus hermanos de comunidad**, que puede incluir un pequeño regalo “real” o “virtual”. El sentido es traducir en un gesto muy sencillo el deseo de Dios: su amor hecho “carne”.
2. Las tarjetas se reparten **después de la bendición inicial de la cena o del almuerzo**, según se celebre en la comunidad. Esa bendición inicial puede ir introducida con esta fórmula, acompañada con el gesto de encender un cirio:

*Hoy, Nochebuena (Navidad, o Epifanía...), tenemos, de manera especial y como centro de nuestra comunidad a Dios nuestro Padre que nos ha dado el regalo de Jesucristo, nuestro Señor.*

*Encendemos un cirio en medio de la mesa para que ese cirio nos haga pensar en Jesús. Vamos a darle gracias a Dios por habernos enviado a su Hijo Jesucristo.*

*Gracias, Padre, que nos amaste tanto que nos diste a tu Hijo.*

**Todos: Te damos gracias.**

*Gracias, Jesús, por haberte hecho Niño para salvarnos.*

**Todos: Te damos gracias.**

*Gracias, Jesús, por haber traído al mundo el amor de Dios.*

**Todos: Te damos gracias.**

Señor Jesús, Tú viniste a decirnos que Dios nos ama y que nosotros debemos amar a los demás.

**Todos: Te damos gracias.**

Señor Jesús, Tú viniste a decirnos que produce más alegría el dar que el recibir.

**Todos: Te damos gracias.**

Señor Jesús, Tú viniste a decirnos que lo que hacemos a los demás te lo hacemos a Ti.

**Todos: Te damos gracias.**

Gracias, María, por haber aceptado ser la Madre de Jesús.

**Todos: Te damos gracias.**

Gracias, José, por cuidar de Jesús y de María.

Todos: Te damos gracias.

Gracias, Padre, por esta Noche (día) de Paz, Noche (día) de Amor, que Tú nos has concedido al darnos a tu Hijo. Te pedimos que nos bendigas, que bendigas (+) estos alimentos que, dados por tu bondad, vamos a tomar, y bendigas las manos que los han preparado. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

#### 3. Canto (un villancico)



## 4. Pistas para la “lectio divina”

En este tiempo de Navidad, en que contemplamos a Jesús, ante todo, como Hijo obediente del Padre, es preciso asumir una actitud de contemplación obedencial de la Palabra, tal como nos enseña a hacerlo María, que “guardaba y meditaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2, 19. 51.) Tal vez en ella pensaba San Agustín cuando escribió, con su penetración habitual: “El mejor de tus servidores no es aquel al que le importa tanto escuchar lo que quiere, sino el que quiere querer solo lo que oye de ti”.

## Domingo 25 de Diciembre de 2011 Solemnidad de la Natividad del Señor

- Is 52,7-10
- Sal 97
- Hb 19, 1-6
- Jn 1,1-18

La enormidad del Misterio hace que la Liturgia nos lo quiera presentar en toda su amplitud, desde diversos ángulos. La víspera (Mt 1, 1-25) nos habla de las raíces históricas del hombre Jesús; por la noche (Lc 2, 1-14) nos sitúa en el marco de la historia universal en el que nos presenta el nacimiento en toda su simplicidad; de madrugada, acompañamos a los pastores, como reivindicando que este Niño es patrimonio de todos, sobre todo de los más sencillos; por fin, con la salida del sol, comprendemos que este Niño, hijo de María, que se ha hecho presente en la concreción de nuestra historia para estar con nosotros, es el mismo Hijo eterno del eterno Padre, el Verbo por medio del cual todo se hizo, que ha venido como sol que nace de lo alto para iluminar nuestra noche.

## Lunes 26 de Diciembre de 2011 Fiesta de San Esteban, protomártir (*Calendario Claretiano*, pp. 475-479)

- Hch 6, 8-10; 7, 54-60.
- Sal 30
- Mt 10, 17-22.

Jesús es signo de contradicción: es preciso tomar postura ante él, a favor o en contra, y en esta toma de postura nos va la vida. Elegir a Cristo, como él ha elegido al Padre, no es cuestión privada: significa un modo de vida y el cumplimiento de una misión. Ser testigos de la Palabra hecha carne significa recibir el don de la Palabra, que muchos quieren acallar por las buenas o por las malas. Pero no puede callar aun a riesgo de su propia vida quien ha recibido ese don. ¿Estoy yo dispuesto a hablar arriesgando, como Esteban?

## Martes 27 de Diciembre de 2011 Fiesta de San Juan, apóstol y evangelista (*Calendario Claretiano*, pp. 481-486)

- 1Jn 1, 1-4.
- Sal 96
- Jn 20, 2-8.

El amor no puede callar, tampoco se queda quieto. El amor nos hace hablar y correr. Y nos da también capacidad de ver aquello para lo que una mirada desprovista de amor es ciega: unos pocos signos, aparentemente de muerte, son suficientes para comprender, para creer: la muerte no puede matar a la fuente de la Vida, que existía desde el principio y que se hizo visible. Señor, déjame tocarte, tócame y cúrame, que estoy mudo, parálítico, ciego.



## Miércoles 28 de Diciembre de 2011 Fiesta de los Santos Inocentes, Mártires

- 1Jn 1, 5-2, 2.
- Sal 123
- Mt 2, 13-18.

Jesús ha nacido en un mundo hostil. Fuerzas oscuras lo buscan para matarlo. Las potencias de este mundo tienen miedo, y afirman su poder en su capacidad de destrucción. Cuando esto sucede no caen solo “justos por pecadores”, sino justos por el Justo, que los salva de la muerte, porque los justifica. Gracias al nacimiento de Cristo ya no es posible decir que “en este mundo no existe justicia”. Las víctimas inocentes hallan en Cristo Jesús la respuesta a sus gritos que claman justicia. Dios no las ha abandonado. ¿Soy yo capaz de transmitir esta luz en las tinieblas que nos rodean?

## Jueves 29 de Diciembre de 2011

- 1Jn 2, 3-11.
- Sal 95
- Lc 2, 22-35.

La presentación de Jesús en el templo, según la prescripción de la Ley, nos hace comprender que la Ley apunta toda y solo a Cristo: él es el primogénito que debe ser consagrado al Padre, y esa consagración, realizada hoy de manera ritual, tendrá su consumación en la cruz, en la que el cuerpo de Cristo será templo, víctima y altar. Ojos y voces proféticas, como la de Simeón, descubren en la humildad de la carne la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de las promesas. ¿Descubro en los signos más pequeños que el Reino de Dios se ha acercado?

## Viernes 30 de Diciembre de 2011. Fiesta de la Sagrada Familia

- Si 3, 2-6. 12-14.
- Sal 127
- Col 3, 12-21.
- Lc 2, 22-40.

La salvación del hombre es la salvación del mundo del hombre, de las relaciones humanas. También la familia tiene que ser salvada: los vínculos de sangre no garantizan la paz: “Una familia que no conoce sino los lazos de la sangre se vuelve fácilmente un nido de víboras” (E. Mounier); “la mayoría de los hombres olvida más fácilmente la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio” (Maquiavelo). Jesús habita también en la familia, quiere ser huésped de nuestra familia, de todas las familias. Ella es el ámbito natural en el que el ser humano puede alcanzar su autonomía y llegar a ser sí mismo, pues las relaciones familiares no son relaciones de propiedad. “Vuestros hijos no son hijos vuestros. Son los hijos y las hijas de la Vida, deseosa de sí misma. Vienen a través vuestro, pero no vienen de vosotros. Y, aunque están con vosotros, no os pertenecen” (Khalil Gibrán). Pero ese ámbito natural ha de ser sanado por la presencia de Cristo, que lo abre a la gran familia de los hijos de Dios.

## Sábado 31 de Diciembre de 2011

- 1Jn 2, 18-21.
- Sal 95
- Jn 1, 1-18

El último día del año nos recuerda, también a través de la Palabra de Dios, la fugacidad del tiempo, la consistencia de la salvación en Dios: “En el principio” abre el Evangelio (al que la liturgia vuelve una y otra vez, sin cansarse de leerlo); “es el momento final”, nos recuerda Juan en su carta. En la fugacidad del tiempo, Dios se ha hecho presente en la carne, y nuestra tarea es tomar partido, realizar una decisión urgente, porque el tiempo pasa y, si nos descuidamos, se nos puede escapar entre los dedos.

## Domingo 1 de Enero de 2012. Solemnidad de Santa María Madre de de Dios (Jornada Mundial de la Paz)

- Num 6, 22-27
- Sal 66
- Gal 4, 4-7
- Lc 2, 16-21

María, la bendita entre las mujeres, es el mejor pórtico para entrar en el nuevo año, para ser también nosotros depositarios de la hermosa bendición del libro de los Números. Esa bendición se derrama sobre nosotros por aquel que nació de una mujer, de esta mujer, por aquel cuyo nombre significa “Dios salva”. En verdad, desearnos unos a otros un feliz año nuevo no debe significar para nosotros más que desearnos que este sea un año de salvación, en el que podamos experimentar día a día la bendición de Dios.

## Lunes 2 de Enero de 2012. San Basilio Magno y San Gregorio Nacianceno, obispos y doctores de la Iglesia. Memoria

- 1Jn 2, 22-28
- Sal 97
- Jn 1, 19-28

El camino del Señor se encuentra con múltiples obstáculos: a la verdad se opone el reino de la mentira. Cristo es la Verdad, luego quien difunde la mentira es el anticristo. Hacen falta testigos valerosos de la verdad, que rompen esquemas y convencionalismos, que no se casan con nadie, que no se arrojan la gloria. Cristo necesita del testimonio del Bautista. También hoy necesita de este género de profetas, sin compromisos. ¿Soy yo un profeta, que trata de permanecer en la verdad, aunque me quemé, o sólo un funcionario de una seca ortodoxia?

## Martes 3 de Enero de 2012

- 1Jn 2, 29-3, 6
- Sal 97
- Jn 1, 29-34

El testimonio de Juan lleva necesariamente a la reconciliación, al bautismo, a la vida del Espíritu, que nos hace hijos de Dios. La revelación que acontece en Jesucristo se celebra en los signos sacramentales de la comunidad de los que ya se saben hijos en el Hijo, y se encaminan a una plenitud que apenas cabe imaginar. La alegría por la dignidad presente tiene que ser en mí un signo sacramental de lo que todavía desconozco, pero que es objeto de esperanza.

## Miércoles 4 de Enero de 2012

- 1Jn 3, 7-10
- Sal 97
- Jn 1, 35-42

Los primeros encuentros con Jesús gracias al testimonio de Juan generan una cadena de nuevos testimonios y encuentros. Así ha de ser la vida cristiana: el testimonio recibido y la experiencia personal de encuentro con Cristo nos hace testigos, de palabra y de obra. Pues participar en la dignidad de la filiación divina no puede no reflejarse en las obras de justicia, la justicia del Reino, la que consiste en el amor. ¿Soy yo un verdadero testigo, un actor de la justicia, un reflejo del Amor?

## Jueves 5 de Enero de 2012

- 1Jn 3, 11-21
- Sal 99
- Jn 1, 43-51

La carta de Juan plantea una alternativa que nos parece demasiado radical: o amar a los hermanos, o ser su asesino; el que vive en la dinámica del amor, aunque no sea perfecto, incluso cuando cae, vive en la dinámica de la reconciliación, se fía de Dios; quien no vive en esa dinámica, aunque no mate, ha excluido a los demás de su corazón y de su vida. Pero la perfección no es una conquista humana, sino la bondad escondida

en nosotros, que Dios nos descubre con su mirada, como la de Jesús a Felipe. ¿Estoy abierto a la mirada transformadora de Jesús? ¿Estoy dispuesto a mirar a mis hermanos como él me ha mirado a mí?

### Viernes 6 de Enero de 2012. Solemnidad de la Epifanía del Señor

- Is 60,1-6
- Sal 71
- Ef 3, 2-3a. 5-6
- Mt 2, 1-12

Hay gentes que buscan a Jesús, aun sin saberlo. Su búsqueda está guiada por estrellas, luminarias lejanas, inseguras, que orientan, pero no pueden guiar hasta el final. También aquí hacen falta testigos, aquellos que han sido depositarios de las promesas, que no han de guardárselas para sí, pues las han recibido para compartirlas. La Palabra es una luz clara y segura para quienes están dispuestos a escucharla. Los creyentes en Jesús somos depositarios de promesas cumplidas, de realidades presentes y operantes. ¿Se las sabemos ofrecer a “los de fuera”, a los buscadores conscientes o inconscientes del Mesías que ha nacido en Belén?

### Sábado 7 de Enero de 2012

- 1Jn 5, 14-21
- Sal 149
- Jn 2, 1-11

Creer y amar es el núcleo de la vida de los hijos de Dios; y como el Hijo es Palabra, los que han recibido la filiación no pueden no ser palabra que interpela y suscita aceptación o rechazo, pero no indiferencia. Es una palabra, reflejo de la Palabra que ilumina, convoca, consuela y cura. El anticristo también habla: difunde oscuridad, división, tristeza y dolor ¿Cómo es mi “palabra”? ¿Cuáles son sus frutos?

### Domingo 8 de Enero de 2012. Fiesta del Bautismo del Señor

- Is 42, 1-4. 6-7
- Sal 28
- Hch 10,34-38
- Mc 1, 7-11

La Epifanía se completa con el Bautismo del Señor, en el que tiene lugar la teofanía fundamental que da sentido a toda la vida de Jesús: la que le proclama su Hijo amado. Jesús se somete al rito de purificación porque, aunque no tiene pecado, va a cargar sobre sí con el pecado del mundo. Este tomar sobre sí y el ser proclamado como el Hijo predilecto están unidos por un fuerte vínculo interior que se manifestará en plenitud sólo en el misterio Pascual. No puedo reducir mi vida como cristiano y claretiano al moralismo de tratar de no pecar. Si siento que participo realmente de la filiación divina de Cristo, tengo que asumir las debilidades y los pecados de los demás, dando la vida por ellos.

## 5. Textos para profundizar

### Anexo I: “Ven sin nada” (Domingo Martín Olmo)

He aquí una expresión poética y moderna de la verdad del despojo de Dios en su encarnación. Puede servirte para profundizar en el significado del himno de Filipenses 2, 5-11 que tantas veces has leído y recitado en la liturgia, pero que puede que, por la costumbre, ya casi no te diga nada.

*Vivía yo en el silencio  
y me conformaba con pequeñas cosas, con pocas palabras.  
Era yo pájaro que se entretenía  
en cortos vuelos...  
Pero llegaste Tú:  
metiste tu viento en mi polvo  
e hiciste con mi carne un remolino;  
metiste tu soplo en mi cuerpo  
y has enloquecido mi sangre;  
levantaste en torno a mis alas una tormenta...  
Yo dije:  
Mira, Señor, que no quiero contender contigo,  
¡no me pongas la mano encima que soy débil!  
Tu voz me llegó en el silencio:  
Te quiero junto a mí. ¡Ven sin nada!  
Con rapidez me quité los vestidos y arrojé mis sandalias:  
¡Aquí estoy, Señor!  
No vengas así -me respondiste-, ¡ven sin nada!  
Me fui a los pobres y les repartí toda mi hacienda  
y mi casa. ¡Tomadla, tomadla!  
¿Así, Señor?*

*No, así no. ¡Ven sin nada!  
Llamé a mis padres y les di mi nombre y su apellido:  
Señor, ¿me quieres así?  
No, así no. ¡Has de venir sin nada!  
Corrí a los campos e hice una gran hoguera  
con todas mis palabras, y quemé mis labios  
y mi lengua con las ascuas:  
¿Así, Señor? ¿Me quieres así?  
No, así no. ¡Has de venir sin nada!  
Entonces repliqué:  
¿Por qué, Señor, me llevas como a un loco de un lado para  
otro?  
¿Por qué no me dices de una vez qué he de hacer?  
Dios atendió mi queja y me dijo:  
Ve a casa del alfarero.  
Que él haga un cántaro con tu barro.  
Después ven a mí, que yo lo llenaré de agua.  
Y tú correrás a dar de beber a los que tienen sed,  
la derramarás sobre los arrepentidos,  
benedirás la tierra seca.  
No temas si tu cántaro se rompe,  
ni te preocupes si se dispersan sus trozos  
por la superficie de la tierra,  
porque entonces te llamaré a mí  
y vendrás como yo te quiero,  
y te bendeciré en mi presencia.*

### Anexo 2: Hijo de Dios e hijo del hombre (Benedicto XVI)

1. «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy». La Iglesia comienza la liturgia del Noche Santa con estas palabras del Salmo segundo. Ella sabe que estas palabras pertenecían originariamente al rito de la coronación de los reyes de Israel. El rey, que de por sí es un ser humano como los demás hombres, se convierte en «hijo de Dios» mediante la llamada y la toma de posesión de su cargo: es una especie de adopción por parte de Dios, un acto de decisión, por el que confiere a ese hombre una nueva existencia, lo atrae en su propio ser. La lectura tomada del profeta Isaías, que acabamos de escuchar, presenta de manera todavía más clara el mismo proceso en una situación de turbación y amenaza para Israel: «Un hijo se nos ha dado: lleva sobre sus hombros el principado» (9,5). La toma de posesión de la función de rey es como un nuevo nacimiento. Precisamente como recién nacido por decisión personal de Dios, como niño procedente de Dios, el rey constituye una esperanza. El futuro recae sobre sus hombros. Él es el portador de la promesa de paz. En la noche de Belén, esta palabra profética se ha hecho realidad de un modo que habría sido todavía inimaginable en tiempos de Isaías. Sí, ahora es realmente un Niño el que lleva sobre sus hombros el poder. En Él aparece la nueva realeza que Dios establece en el mundo. Este Niño ha nacido realmente de Dios. Es la Palabra eterna de Dios, que une la humanidad y la divinidad.



Para este Niño valen los títulos de dignidad que el cántico de coronación de Isaías le atribuye: Consejero admirable, Dios poderoso, Padre por siempre, Príncipe de la paz (9,5). Sí, este rey no necesita consejeros provenientes de los sabios del mundo. Él lleva en sí mismo la sabiduría y el consejo de Dios. Precisamente en la debilidad como Niño Él es el Dios fuerte, y nos muestra así, frente a los poderes presuntuosos del mundo, la fortaleza propia de Dios.

A decir verdad, las palabras del rito de coronación en Israel eran siempre sólo ritos de esperanza, que preveían a lo lejos un futuro que sería otorgado por Dios. Ninguno de los reyes saludados de este modo se correspondía con lo sublime de dichas palabras. En ellos, todas las palabras sobre la filiación de Dios, sobre su designación como heredero de las naciones, sobre el dominio de las tierras lejanas (Sal 2,8), quedaron sólo como referencia a un futuro; casi como carteles que señalan la esperanza, indicaciones que guían hacia un futuro, que en aquel entonces era todavía inconcebible. Por eso, el cumplimiento de la palabra que da comienzo en la noche de Belén es a la vez inmensamente más grande y —desde el punto de vista del mundo— más humilde que lo que la palabra profética permitía intuir. Es más grande, porque este niño es realmente Hijo de Dios, verdaderamente «Dios de Dios, Luz de Luz, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre». Ha quedado superada la distancia infinita entre Dios y el hombre. Dios no solamente se ha inclinado hacia abajo, como dicen los Salmos; Él ha «descendido» realmente, ha entrado en el mundo, haciéndose uno de nosotros para atraernos a todos a sí. Este niño es verdaderamente el Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Su reino se extiende realmente hasta los confines de la tierra. En la magnitud universal de la santa Eucaristía, Él ha hecho surgir realmente islas de paz. En cualquier lugar que se celebra hay una isla de paz, de esa paz que es propia de Dios. Este Niño ha encendido en los hombres la luz de la bondad y les ha dado la fuerza de resistir a la tiranía del poder. Él construye su reino desde dentro, partiendo del corazón, en cada generación. Pero también es cierto que no se ha roto la «vara del opresor». También hoy siguen marchando con estruendo las botas de los soldados y todavía hoy, una y otra vez, queda la «túnica empapada de sangre» (Is 9,3s). Así, forma parte de esta noche la alegría por la cercanía de Dios. Damos gracias porque el Dios Niño se pone en nuestras manos, mendiga, por decirlo así, nuestro amor, infunde su paz en nuestro corazón. Esta alegría, sin embargo, es también una oración: Señor, cumple por entero tu promesa. Quiebra las varas de los opresores. Quema las botas resonantes. Haz que termine el tiempo de las túnicas ensangrentadas. Cumple la promesa: «La paz no tendrá fin» (Is 9,6). Te damos gracias por tu bondad, pero también te pedimos: Muestra tu poder. Erige en el mundo el dominio de tu verdad, de tu amor; el «reino de justicia, de amor y de paz».

2. «María dio a la luz a su hijo primogénito» (Lc 2,7). San Lucas describe con esta frase, sin énfasis alguno, el gran acontecimiento que habían vislumbrado con antelación las palabras proféticas en la historia de Israel. Designa al Niño como «primogénito». En el lenguaje que se había ido formando en la Sagrada Escritura de la Antigua Alianza, «primogénito» no significa el primero de otros hijos. «Primogénito» es un título de honor, independientemente de que después sigan o no otros hermanos y hermanas. Así, en el Libro del Éxodo (Ex 4,22), Dios llama a Israel «mi hijo primogénito», expresando de este modo su elección, su dignidad única, el amor particular de Dios Padre. La Iglesia naciente sabía que esta palabra había recibido una nueva profundidad en Jesús; que en Él se resumen las promesas hechas a Israel. Así, la Carta a los

Hebreos llama a Jesús simplemente «el primogénito», para identificarlo como el Hijo que Dios envía al mundo después de los preparativos en el Antiguo Testamento (cf. Hb 1,5-7). El primogénito pertenece de modo particular a Dios, y por eso —como en muchas religiones— debía ser entregado de manera especial a Dios y ser rescatado mediante un sacrificio sustitutivo, como relata san Lucas en el episodio de la presentación de Jesús en templo. El primogénito pertenece a Dios de modo particular; está destinado al sacrificio, por decirlo así. El destino del primogénito se cumple de modo único en el sacrificio de Jesús en la cruz. Él ofrece en sí mismo la humanidad a Dios, y une al hombre y a Dios de tal modo que Dios sea todo en todos. San Pablo ha ampliado y profundizado la idea de Jesús como primogénito en las Cartas a los Colosenses y a los Efesios: Jesús, nos dicen estas Cartas, es el Primogénito de la creación: el verdadero arquetipo del hombre, según el cual Dios ha formado la criatura hombre. El hombre puede ser imagen de Dios, porque Jesús es Dios y Hombre, la verdadera imagen de Dios y el Hombre. Él es el primogénito de los muertos, nos dicen además estas Cartas. En la Resurrección, Él ha desfondado el muro de la muerte para todos nosotros. Ha abierto al hombre la dimensión de la vida eterna en la comunión con Dios. Finalmente, se nos dice: Él es el primogénito de muchos hermanos. Sí, con todo, Él es ahora el primero de más hermanos, es decir, el primero que inaugura para nosotros el estar en comunión con Dios. Crea la verdadera hermandad: no la hermandad deteriorada por el pecado, la de Caín y Abel, de Rómulo y Remo, sino la hermandad nueva en la que somos de la misma familia de Dios. Esta nueva familia de Dios comienza en el momento en el que María envuelve en pañales al «primogénito» y lo acuesta en el pesebre. Pidámosle: Señor Jesús, tú que has querido nacer como el primero de muchos hermanos, danos la verdadera hermandad. Ayúdanos para que nos parezcamos a ti. Ayúdanos a reconocer tu rostro en el otro que me necesita, en los que sufren o están desamparados, en todos los hombres, y a vivir junto a ti como hermanos y hermanas, para convertirnos en una familia, tu familia.

3. El Evangelio de Navidad nos relata al final que una multitud de ángeles del ejército celestial alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama» (Lc 2,14). La Iglesia ha amplificado en el Gloria esta alabanza, que los ángeles entonaron ante el acontecimiento de la Noche Santa, haciéndola un himno de alegría sobre la gloria de Dios. «Por tu gloria inmensa, te damos gracias». Te damos gracias por la belleza, por la grandeza, por tu bondad, que en esta noche se nos manifiestan. La aparición de la belleza, de lo hermoso, nos hace alegres sin tener que preguntarnos por su utilidad. La gloria de Dios, de la que proviene toda belleza, hace saltar en nosotros el asombro y la alegría. Quien vislumbra a Dios siente alegría, y en esta noche vemos algo de su luz. Pero el mensaje de los ángeles en la Noche Santa habla también de los hombres: «Paz a los hombres que Dios ama». La traducción latina de estas palabras, que usamos en la liturgia y que se remonta a Jerónimo, suena de otra manera: «Paz a los hombres de buena voluntad». La expresión «hombres de buena voluntad» ha entrado en el vocabulario de la Iglesia de un modo particular precisamente en los últimos decenios. Pero, ¿cuál es la traducción correcta? Debemos leer ambos textos juntos; sólo así entenderemos la palabra de los ángeles del modo justo. Sería equivocada una interpretación que reconociera solamente el obrar exclusivo de Dios, como si Él no hubiera llamado al hombre a una libre respuesta de amor. Pero sería también errónea una interpretación moralizadora, según la

cual, por decirlo así, el hombre podría con su buena voluntad redimirse a sí mismo. Ambas cosas van juntas: gracia y libertad; el amor de Dios, que nos precede, y sin el cual no podríamos amarlo, y nuestra respuesta, que Él espera y que incluso nos ruega en el nacimiento de su Hijo. El entramado de gracia y libertad, de llamada y respuesta, no lo podemos dividir en partes separadas una de otra. Las dos están indisolublemente entrelazadas entre sí. Así, esta palabra es promesa y llamada a la vez. Dios nos ha precedido con el don de su Hijo. Una y otra vez, nos precede de manera inesperada. No deja de buscarnos, de levantarnos cada vez que lo necesitamos. No abandona a la oveja extraviada en el desierto en que se ha perdido. Dios no se deja confundir por nuestro pecado. Él siempre vuelve a comenzar con nosotros. No obstante, espera que amemos con Él. Él nos ama para que nosotros podamos convertirnos en personas que aman junto con Él y así haya paz en la tierra. Lucas no dice que los ángeles cantaran. Él escribe muy sobriamente: el ejército celestial alababa a Dios

diciendo: «Gloria a Dios en el cielo... » (Lc 2,13s). Pero los hombres siempre han sabido que el hablar de los ángeles es diferente al de los hombres; que precisamente esta noche del mensaje gozoso ha sido un canto en el que ha brillado la gloria sublime de Dios. Por eso, este canto de los ángeles ha sido percibido desde el principio como música que viene de Dios, más aún, como invitación a unirse al canto, a la alegría del corazón por ser amados por Dios. *Cantare amantis est*, dice san Agustín: cantar es propio de quien ama. Así, a lo largo de los siglos, el canto de los ángeles se ha convertido siempre en un nuevo canto de amor y alegría, un canto de los que aman. En esta hora, nosotros nos asociamos llenos de gratitud a este cantar de todos los siglos, que une cielo y tierra, ángeles y hombres. Sí, te damos gracias por tu gloria inmensa. Te damos gracias por tu amor. Haz que seamos cada vez más personas que aman contigo y, por tanto, personas de paz. Amén.

### Anexo 3: Con Él ningún Dios extranjero (Dolores Aleixandre)

Los profetas no echan mano, para hablar de Dios, de las experiencias relacionales más «razonables», sino de las más transidas por un apasionamiento incontenible: en Oseas es un marido traicionado y devorado por los celos, que reprocha, se queja y amenaza a la mujer/pueblo infiel, pero que, de pronto, rompe con toda la lógica de su discurso y decide imprevisiblemente:

«Por eso, mira, voy a seducirla llevándomela al desierto y hablándole al corazón» (Os 2,16).

Es inútil buscar en los versos anteriores del poema algo en que pueda justificarse el «por eso». Por parte de la mujer que simboliza a Israel, no ha habido más que infidelidad, olvido, búsqueda de esos otros amantes que son los dioses extranjeros.

La clave del «por eso» está en un amor que se confiesa tan irremediable como la muerte, como un fuego que ni siquiera las aguas torrenciales consiguen apagar (Cant 3,6).

Es un amor por el que Dios mismo se reconoce derrotado: «Si es mi hijo querido Efraín, mi niño, mi encanto... Cada vez que le reprendo me acuerdo de ello, se me conmueven las entrañas y cedo a la compasión, oráculo del Señor» (Jer 31,20).

«¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte a ti, Israel?

Me da un vuelco el corazón,

se me revuelven todas las entrañas...

No cederé al ardor de mi cólera (...)

que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti,

y no enemigo devastador» (Os 11,8-9).

«Curaré su apostasía,

los querré sin que lo merezcan» (Os 14,5).

Sin que lo merezcan. Es ahí, en ese océano profundo, donde podemos sumergirnos como una esponja reseca que, de pronto, se encuentra empapada por todos sus poros; es en esa tierra mullida donde podemos hundir nuestras raíces y florecer y extender nuestras ramas; es en esa pradera sin vallas donde estamos invitados a correr como un potrillo torpe; es en ese útero materno donde nos es posible ser acogidos y recreados como mujeres y hombres nuevos.

No sabremos nada de Dios mientras no nos atrevamos a creer que somos queridos sin merecerlo o, más bien, que sí lo merecemos, porque es su propio amor el que, al envolvernos, nos hace buenos y valiosos y queribles.

No es más que un ídolo ese dios que nos acecha con la balanza en la mano para pesar nuestras acciones. Podemos

confundirnos como se confundió Israel; pero, si un día nos sentimos envueltos en un perdón que borra hasta el recuerdo de nuestras culpas y nos devuelve la inocencia perdida; si sentimos que nuestras heridas más hondas comienzan a curarse y respiramos en un espacio abierto; si de pronto nos encontramos fuera de la fosa en la que habíamos caído una vez más y fuera de la convicción fatal de que no tenemos remedio; si el que hace eso con nosotros, en vez de reprocharnos nuestros fallos, «nos corona de gracia y de ternura» (Sal 103,4), entonces estamos haciendo la experiencia del Dios de Israel, del Padre de Jesús.

Reconocemos que es él, porque la experiencia de su amor se hará circular; porque, al sabernos aceptados y queridos, fluirá de nosotros la misma aceptación y acogida hacia los otros. Quien ha experimentado con asombro que el amor se le da sin merecerlo, tampoco necesitará que el otro sea maravilloso para quererle. Quien se sabe re-hecho y re-nacido, porque ha recibido confianza, se pondrá a la tarea de hacer participar a los otros de aquello que a él se le ha dado como un regalo.

Posiblemente, entonces dejaremos de creer que somos nosotros quienes «interesamos» a Dios por los otros, quienes conseguimos despertar su amor. Porque es Dios quien nos alcanza con su compasión; es él quien nos dirige en cada momento la pregunta que remueve nuestra frialdad y nuestra indiferencia: «¿Dónde está tu hermano?» (Gen 4,9).

Orar es exponerse a esa pregunta, es aceptar ser contagiados por esa solicitud y ese compromiso de Dios con su mundo. Entrar en comunión con el Dios vivo que nos hace «salir de la oración» con una sensibilidad nueva hacia los otros, más vulnerables y solidarios, más capaces de comprender y disculpar, más dispuestos a crear vínculos y a tener cercanías, más empujados hacia los lugares de abajo de nuestra historia.

Quizá la ausencia de ídolos nos deje al principio una extraña sensación de vacío, como si nuestro jardín se hubiera vuelto más inhóspito y más árido, más parecido a un desierto.

No es momento de añorar ni de retroceder, porque el desierto es tiempo de encuentro y de seducción (Os 2,16). Es tiempo de hacer silencio para oír la voz de Aquel que es el único capaz de hablarnos al corazón y de hacer con nosotros una alianza nueva. Sin merecerlo.

## Anexo 4: La revista pornográfica (Michel Quoist, Oraciones para rezar por la calle)

Esta revista me abochorna, Señor, en ella me parece que Tú eres profundamente herido en tu infinita pureza. Los oficinistas han escotado para suscribirse, el botones se ha dado un sofocón para ir a comprarla, ha dado muchas vueltas hasta encontrarla, y ya está aquí. Sobre el papel brillante los cuerpos se ofrecen baratamente prostituidos. Ahora van a pasar de mano en mano, de despacho en despacho, acariciados con la mirada, suscitando sonrisas, excitando pasiones, desencadenando sentidos. Cuerpos-cosas, sin alma, juguetes para adultos de corazón podrido. Y ¡hay que ver, Señor, lo bello que es un cuerpo humano! Desde el fondo de los siglos, Tú, artista incomparable, proyectabas el modelo, pensando que un día Tu desposarías este cuerpo humano al desposar nuestra naturaleza. Mimosamente lo moldearon tus manos poderosas y le infundiste el alma en la materia inerte. Desde entonces, Señor, Tú nos pediste que respetáramos la carne, pues toda ella es portadora de espíritu, y gracias a este cuerpo generoso podemos hoy nosotros enlazar nuestras almas a las de nuestros prójimos. Las palabras, en largos convoyes de sílabas, encarrilan nuestra alma hacia la del vecino, la sonrisa saca a flote nuestra alma al borde de los labios y la mirada es como el balcón de nuestros cuerpos. El apretón de manos da nuestra alma al amigo y el lazo y la unión de los esposos funde dos almas para sacar a luz una tercera en una tercer cuerpo.

Pero a Ti, Señor, aún te pareció poco el hacer de nuestra carne el sacramento del espíritu. Por tu Gracia el cuerpo del cristiano se convierte en sagrado y pasa a ser un templo de la Trinidad. Todo Dios en toda nuestra alma y toda nuestra alma en todo nuestro cuerpo. ¡Oh dignidad suprema de este cuerpo magnífico: miembro de su Señor, portador de su Dios! Mira ahora, Señor, mientras la noche cae, el cuerpo de tus hombres dormidos: el cuerpo puro del chiquitín,

el cuerpo manchado de la mujer de la vida,  
el vigoroso cuerpo del atleta,  
el cuerpo reventado del obrero de la fábrica,  
el cuerpo relajado del esposo,  
el sensual del mujeriego,  
el cuerpo harto del rico,  
el maltrecho del pobre,  
el golpeado del chico del arroyo,  
el cuerpo calenturiento del enfermo,  
el dolorido del accidentado,  
el cuerpo inmóvil del paralítico,  
todos los cuerpos, de todas las edades y tamaños.

He aquí el cuerpo caliente del frágil bebé, despegado como un fruto maduro del cuerpo de la madre, el cuerpo del chiquillo que se cae, y se levanta chupando ya la roja sangre. He aquí el hervidero del cuerpo del muchacho que apenas puede comprender lo hermoso de un cuerpo que crece. He aquí el cuerpo de la joven esposa hecho don al esposo, he aquí el cuerpo del hombre maduro, orgulloso de su fuerza, he aquí el cuerpo del anciano que lentamente se apaga.

Yo te ofrezco, Señor, todos los cuerpos y te pido que los bendigas mientras viven callados envueltos en la noche. Son tuyos, Señor, abandonados ante Ti con su alma adormecida. Mañana, brutalmente sacudidos, deberán reemprender su servicio. Haz que «sirvan», Señor, y no se hagan servir, que sean casas abiertas y no cárceles, templos vivos de Dios y no sepulcros. Que sean respetados, que crezcan, y que los que los visten, los purifiquen y los transfiguren y que, fieles amigos, volvamos a encontrarlos al final de los tiempos, iluminados por la belleza de las almas.

Ante Ti, Señor, y ante tu Madre, puesto que Ella y Tu sois de los nuestros, puesto que todos los cuerpos de los hombres son, también ellos, bienaventurados y se les invitó a tu eterno cielo.

## Anexo 5: Iglesia, cuánto te quiero (Carlo Carretto)

Qué discutible eres, Iglesia, y, sin embargo,  
cuánto te quiero.

Cuánto me has hecho sufrir, y, sin embargo,  
cuánto te debo.

Me has escandalizado mucho, y, sin embargo,  
me has hecho entender la santidad.

Cuántas veces he tenido ganas de cerrar en tu cara la  
puerta de mi alma, y cuantas veces he pedido poder morir en  
tus brazos seguros.

No, no puedo librarme de ti, porque soy tú,  
aun no siendo plenamente tú.

Y después ¿dónde iría? ¿A construir otra?

Pero no podré construirla sino con los mismos defectos,  
con los míos, que llevo dentro. Y, si la construyo, será mi Iglesia,  
no la de Cristo.

Soy bastante mayor para entender que no soy mejor que  
los demás.

Aquí está el misterio de la Iglesia de Cristo, verdadero  
misterio impenetrable.

Tiene el poder de darme la santidad y está formada toda  
ella, del primero al último, de pecadores.

Tiene la fe omnipotente e invencible de renovar  
el misterio eucarístico,  
y está compuesto de hombres débiles

que están perplejos  
y que se debaten cada día contra la tentación  
de perder la fe.

Lleva un mensaje de pura transparencia,  
y está encarnada en una masa sucia,  
como sucio es el mundo.

No, no me voy de esta Iglesia fundada sobre una piedra  
débil, porque fundaría otra sobre una piedra más débil que  
soy yo.



Me estoy acercando al misterio de que el propio Jesús se convirtiera en hijo pródigo para nuestra salvación. Abandonó la casa de su Padre celestial, se marchó a un país lejano dejó todo lo que tenía y volvió con su cruz a casa del Padre. Todo lo que hizo, no como hijo rebelde, sino como hijo obediente, sirvió para llevar de nuevo a casa a todos los hijos perdidos de Dios. El mismo Jesús, que contó la historia a los que le criticaban por tratar con pecadores, vivió el largo y doloroso camino que describe.

Cuando empecé a reflexionar acerca de la parábola y el cuadro de Rembrandt, no se me ocurrió pensar que Jesús podía ser el joven exhausto con cara de bebé recién nacido. Pero ahora, después de tantas horas de íntima contemplación, me siento bendecido por esta visión. ¿No es acaso el joven destrozado, arrodillado ante su padre el “cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn 1,29)? ¿No es acaso él al que le hizo pecado por nosotros, para que nosotros sintamos la fuerza salvadora de Dios (2 Co 5,21)? ¿Acaso no es él aquél que, “siendo de condición divina, no consideró como presa codiciable el ser igual a Dios. Al contrario, se despojó de su grandeza, tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres” (Flp 2,6-7)? ¿No es acaso él el Hijo de Dios sin pecado que gritó desde la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mt 27,46) Jesús es el hijo pródigo del Padre pródigo que repartió todo lo que el Padre le había confiado para que yo pueda ser como él y vuelva con él a la casa del Padre.

Considerar a Jesús como el hijo pródigo va más allá de la interpretación tradicional de la parábola. Sin embargo, esconde un gran secreto. Poco a poco voy descubriendo lo que significa decir que mi condición de hijo y la condición de hijo de Jesús son uno, que mi regreso y el regreso de Jesús son uno, que mi casa y la casa de Jesús son una. No hay otro camino hacia Dios que no sea el camino que Jesús recorrió. Aquél que contó la parábola del hijo pródigo es la Palabra de Dios que “se hizo carne, y habitó entre nosotros, y nosotros vimos su gloria” (Jn 1,1-14).

Cuando miro la historia del hijo pródigo con los ojos de la fe, el “regreso” del pródigo se convierte en el regreso del Hijo de Dios que reúne a todo el mundo en sí mismo y les conduce a la casa de su Padre celestial (Jn 12,32). Como dice Pablo: “Dios tuvo a bien hacer habitar en él la plenitud y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, tanto las del cielo como las de la tierra.” (Co 1,19-20)

Frère Pierre Marie, fundador de la Fraternidad de Jerusalén, una comunidad de monjes que viven en la ciudad, reflexiona de una forma muy poética y bíblica sobre Jesús en el papel de hijo pródigo. Escribe:

«Él, que no nació de raza humana, ni de deseo humano ni de voluntad humana, sino del mismo Dios, un buen día lo reunió todo y se marchó con su herencia y su título de Hijo. Se fue a un país remoto, a una tierra lejana..., donde se volvió como son los seres humanos y se quedó vacío. Su propia gente no le aceptaba y su primera cama fue ¡una cama de paja! Creció entre nosotros igual que una raíz en tierra árida, fue despreciado, fue el más insignificante de los hombres, ante quien uno se tapa la cara. Muy pronto conoció el exilio, la hostilidad, la soledad... Después de haberlo gastado todo llevando una vida de abundancia: su valía, su paz, su luz, su verdad, su vida..., todos los tesoros del conocimiento y la sabiduría y el misterio oculto mantenido en secreto

desde tiempo inmemorial; después de haberse perdido entre los hijos de la casa de Israel, después de haber dedicado su tiempo a los enfermos (y no a los ricos), a los pecadores (y no a los justos), e incluso a las prostitutas a quienes prometió que entrarían el reino de su Padre; después de haber sido tratado como si fuera un glotón y un bebedor, amigo de los recaudadores de impuestos y de los pecadores como una samaritana, un poseído, un blasfemo; tras haberlo entregado todo, hasta su cuerpo y su sangre; tras haber experimentado en sí mismo el dolor, la angustia y la inquietud del alma; tras haber tocado el fondo de la desesperación, con la que se vistió voluntariamente al sentirse abandonado por su Padre, lejos de la fuente que mana agua de vida, gritó desde la cruz en la que estaba clavado: “Tengo sed.” Estaba tendido descansando en el polvo y la sombra de la muerte. Y allí, al tercer día, se levantó de las profundidades del infierno al que había descendido, cargado con los pecados y tristezas de todos nosotros. Y de pie, erguido, gritó: “Sí, me voy al Padre, a vuestro Padre, a mi Dios, a vuestro Dios.” Y volvió a ascender al cielo. Entonces, en el silencio, mirando a su Hijo y al resto de sus hijos, el Padre dijo a sus sirvientes: “¡Rápido! Traed la mejor túnica y ponédsela; ponédle un anillo en el dedo y sandalias en los pies; ¡comamos y celebrémoslo! ¡Porque mis hijos, que, como sabéis, estaban muertos, han vuelto a la vida; estaban perdidos y han vuelto a ser hallados! Mi Hijo pródigo los ha traído de vuelta.” Entonces todos empezaron a festejarlo vestidos con sus largas túnicas, lavados en la sangre del Cordero.»

Mirando otra vez al Hijo Pródigo de Rembrandt, lo veo ahora de una forma distinta. Veo a Jesús volviendo a su Padre y mi Padre, a su Dios y mi Dios.

No es muy probable que Rembrandt pensara en el hijo pródigo de esta forma. Esta comprensión no formaba parte de las predicaciones y escritos de su tiempo. Sin embargo, ver a Jesús en este joven cansado y destrozado consuela mucho. El joven abrazado por el Padre ya no es sólo el pecador arrepentido, sino la humanidad entera volviendo a Dios. El cuerpo destrozado del pródigo se convierte en el cuerpo destrozado de la humanidad, y la cara de bebé del niño que regresa se convierte en la cara de toda la gente que sufre deseando volver al paraíso perdido. Así, el cuadro de Rembrandt se transforma en algo más que en el mero retrato conmovedor de una parábola. Se transforma en el resumen de la historia de nuestra salvación. La luz envolviendo a Padre e Hijo habla ahora de la gloria que aguarda a los hijos de Dios. Me vienen a la memoria las palabras de Juan: “... ahora somos ya hijos de Dios, y aun no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.” (1 Jn 3,2).

# contenidos



## 1. Introducción

2



## 2. Reflexión

4

- La carne del Verbo
- Hijo de Dios e hijo del hombre
- La “Mater” en la experiencia del “Patris Mei”
- El niño crecía y se fortalecía
- “He aquí que vengo para hacer tu voluntad” (Hb 10, 7)
- Los Magos y la estrella



## 3. Sugerencias para la reunión comunitaria

20



## 4. Pistas para la “lectio divina”

21



## 5. Textos para profundizar

26

- Ven sin nada (Domingo M. Olmo)
- Hijo de Dios e hijo del hombre (Benedicto XVI)
- Con Él ningún Dios extranjero (Dolores Aleixandre)
- La revista pornográfica (Michel Quoist)
- Iglesia, cuánto te quiero (Carlo Carretto)
- El verdadero pródigo (Henry Nouwen)

# La Fragua en la Vida Cotidiana

**PATRIS MEI - 2012**

“

Todas las cosas, aun las más pequeñas, nos están publicando el poder de Dios, su sabiduría, su bondad y demás atributos” (Claret)